

I

Nací en un pequeño pueblo húngaro entre Ucrania y Eslovaquia, un jueves por la noche, el 3 de mayo de 1932. Ese día llovió, según me contó mi madre; para ella la lluvia siempre traía cosas malas, aunque a mí me gusta y siempre me ha gustado. Que lloviese en esa estación del año era algo inesperado, como también lo fue mi nacimiento, ya que mi madre no quería más hijos: eran demasiados para aquella pequeña casa que se caía bajo el peso de los años. Pero la gente, cuanto más pobre era, más hijos tenía, dado que solamente en la cama podían resguardarse del frío durante los largos meses de invierno.

El pueblo estaba oscuro al atardecer. Unas pocas lámparas de petróleo iluminaban apenas las pequeñas habitaciones de la casa. La nuestra estaba compuesta de dos estancias y una cocina, y tenía un techo de caña que dejaba pasar aquí y allá la lluvia. En la habitación pequeña no podía dormir nadie porque entraba el agua; en la otra dormíamos mi hermano, mi hermana Eliz y yo. El resto de la familia, Laila, Margo y Peter, estaban en Budapest, donde trabajaban en una sastrería.

Mi padre, que trabajaba de carnicero y comerciante, hacía negocios de todo tipo sin conseguir ganar nunca lo suficiente para toda la familia. Aunque

siempre estaba de viaje, muy pocas veces volvía a casa con dinero; era nervioso, delgado y triste, padecía de reumatismo y tenía el cuerpo lleno de agujeros de bala de la guerra del 14. No quería ir nunca a la sinagoga, lo que provocaba todas las discusiones que había en casa. No podría decir que la mía fuese una familia tranquila y feliz; nuestra miseria aumentaba día a día, igual que las disputas. Se nos tiraba de los pelos por nada. Aunque mi madre tenía treinta y nueve años aparentaba muchos más, debido a su escasa dentadura y a su, aunque hermoso, ajado y demacrado rostro. Al igual que los judíos ortodoxos, llevaba siempre un pañuelo en la cabeza, y cuando no gritaba, rezaba.

Yo tenía apenas siete años e iba a la escuela. Allí me sentía feliz, pues era el único lugar donde encontraba refugio a las peleas familiares. El resto de los días, cuando no podía soportar ya a nadie más, me iba al bosque cercano y, tumbada sobre el barro helado, lloraba durante horas. Cuando me dolía la espalda y tenía hambre volvía a casa, y mi madre me frotaba las manos y los pies para hacerme entrar en calor. Muchas veces me iba justamente por eso: cuando volvía, mi madre se mostraba afectuosa conmigo y me acariciaba con ternura con sus rollizas y tersas manos.

En el pueblo vivían unas pocas familias judías, que tenían colmados o mercerías; los demás eran casi todos campesinos protestantes. Los domingos por la mañana acudían a oír misa a la iglesia, y por la tarde las mujeres se juntaban delante de las casas y contaban chismorreos, que a mí me encantaba escuchar. Los hombres iban a la cantina a beber un vasito de vino

o a jugar al billar. Los domingos, los que sabían leer compraban el periódico local que vendía el cartero y lo leían en voz alta a los demás, o hablaban de la guerra pasada y de la que, poco a poco, se nos iba echando encima. Estábamos en 1939. Por la tarde volvían a casa pronto; todo el pueblo dormía, y tan solo se oía a los perros ladrar en la oscuridad.

Con frecuencia me iba con las compañeras de escuela al río Tisza, que estaba helado, y jugábamos con el trineo. Como volvía con el vestido sucio y los zapatos mojados no podía ir a la escuela, porque esos eran los únicos que tenía. Debía ponerlos junto a la estufa para secarlos, pero si no había leña y tenía que esperar demasiado, mi madre me prestaba entonces unos suyos de tacón alto que yo iba perdiendo en el barro al caminar. El invierno era la estación más triste, porque los vendavales se llevaban a cada poco trozos enteros del tejado y teníamos que correr de un lado a otro con cazos para recoger la lluvia que entraba. Con frecuencia faltaban también la leña y la comida. Cuando veía la cara de mi madre morada de frío y a mis hermanos arrodillados junto a la estufa, soplando y levantando un humo sofocante, me iba al bosque a robar leña seca. Si había guardias y no conseguía nada, la comida tenía que cocinarse entonces a fuego lento durante todo el día, de forma que cuando ya estaba lista, apenas quedaba: todos se la habían ido comiendo poco a poco. Durante las vacaciones iba con Eliz a trabajar por un poco de dinero o por algo de comida, con frecuencia manzanas o ciruelas pasadas. Solo me gustaban las fiestas: se comía un poco más

e incluso, a veces, mi padre volvía de sus viajes con caramelos, zapatos o vestidos nuevos. Eran días felices, y de la alegría que me daba me ponía a inventar canciones. Mi madre sonreía a mi padre con orgullo y ternura, y él le daba entonces un pellizquito en el brazo en señal de afecto. Yo los veía y me entraban ganas de llorar.

Mientras crecía, la vida siguió adelante con sus luchas cotidianas y sus habituales preocupaciones, y cada vez que veía que la comida faltaba iba a robar huevos y gallinas a los vecinos. Pero solo a los ricos, ya que era demasiado honesta para robar a los pobres. Mi madre rezaba, pidiendo perdón a Dios por nuestros pecados, mientras que yo lo veía justo y no lo consideraba una falta. Si queríamos hacer alguna pequeña compra para la casa teníamos que pagar con comida, igual que el resto del pueblo, o bien endeudarnos. Mi madre hacía pan una vez a la semana, los jueves, y esos fueron los días más alegres de mi infancia. Ella suspiraba satisfecha viendo los cinco enormes panes y decía que sería una semana más sin preocupaciones, porque cuando había pan lo teníamos todo. El primer día podíamos comer cuanto quisiésemos, aunque luego teníamos que reducir las raciones para poder llegar al jueves siguiente. Era tan difícil juntar tal cantidad de harina que no siempre lo conseguíamos.

En el pueblo había también familias ricas que arrendaban sus tierras a los pobres, a los que en compensación cedían una parte de lo que se cultivaba. La sociedad privilegiada la formaban empleados del registro provincial, además del médico que teníamos

asignado, el farmacéutico, los maestros de escuela y dos pastores protestantes. Los más temidos y respetados eran los policías; vivían en una gran caserna y se hacían llamar «excelencia». Los más pobres entre los pobres eran los gitanos que estaban acampados junto al bosque, con un montón de hijos desnudos y malnutridos; vivían de la limosna, excepto algunos que ayudaban a construir las casas y los establos, aunque ciertamente muy pocos les prestaban ayuda o les daban trabajo, e incluso les habían prohibido acercarse a sus casas. Eran odiados y vivían de forma inhumana. Mi padre traía con frecuencia a casa a un gitano al que nosotros llamábamos «tío», y al que dábamos cualquier retal o algo que comer. Él se reía de nosotros y decía la verdad cuando afirmaba que los gitanos y los judíos son iguales, odiados por todos y yendo siempre sin cesar de un lado para otro, al no tener ningún lugar que les pertenezca.

En la primavera de 1941, Eliz se fue a Budapest con sus vestidos tantas veces recosidos y con su pequeña maleta, atada con un trozo de cuerda blanca que yo había pintado de marrón con tinte para zapatos. Mi madre me gritó que la cuerda podía ser blanca, icaray, Eliz no era ninguna princesa! Acompañamos a mi hermana a la estación, lejos, fuera del pueblo; lloraba, y suplicaba a mi padre que la dejara volver a casa. Pero en nuestro pueblo no teníamos futuro, mientras que en Budapest podría aprender un oficio útil para toda su vida. Al volver de la estación, como hacía siempre, mi padre se paró en la cantina a tomar una copa. Si no ganaba nada, bebía porque estaba triste; si ganaba mucho, porque estaba alegre.

La estancia de Eliz en Budapest duró un mes; luego volvió a casa diciendo que la gente era demasiado complicada, que había muchísimas calles que no conocía, que las mujeres llevaban el pelo y los labios pintados, una vergüenza, y que ella prefería quedarse en el pueblo. Le pregunté qué cosas había visto en la gran ciudad y, casi disgustada, me respondió que había visto una película en la que un hombre y una mujer se besaban en público. Le expliqué que todo era falso, pero ella, encolerizada, insistía, diciendo que se besaban de verdad. Dijo que, aunque a ella esas cosas no le interesaban, había también luz eléctrica, teatros, revistas y tiendas bellísimas. Yo escuchaba la descripción de aquel mundo desconocido y lejano y pensaba que dentro de unos años, una vez acabada la escuela, me iría de allí y me casaría con un hombre rico para poder ayudar a mi familia. Le aseguré a mi madre que, en cuanto pudiese, me iría a Budapest a trabajar, y que con lo primero que ganara haría que le arreglasen los dientes a ella y a mi padre; tal como los tenían ahora parecían dos viejos.

La primavera devolvía la dicha al pueblo y los campesinos regresaban de los campos con los hombros bronceados por el sol, entonando melancólicas canciones con cara sonriente. Los niños caminábamos descalzos y el sol nos llenaba de vida. Lograba olvidar los sufrimientos del invierno, olvidaba el pasado y me preocupaba solamente por el futuro. Esperábamos la feria, que venía solo una vez al año y representaba para el pueblo todo un acontecimiento y una diversión, ya que comprábamos en ella los vestidos para el resto del año.

Pero aquella primavera fue menos alegre. Un día, mientras salía con mis compañeras de escuela a jugar, escuché por primera vez al maestro saludar al doctor con un: «*Heil*, Hitler».

Pasó el verano, y otro invierno estaba ya a punto de acabar; el pálido sol deshacía el hielo y la nieve se transformaba en un barro denso. Eran esas cálidas jornadas las que yo adoraba especialmente. Como la casa estaba en un terreno bajo, ciertos días el agua llegaba hasta la puerta, y teníamos que hacer canales para desviarla hasta el río. La gente solo hablaba de guerra, de alemanes y de la Polonia ocupada. En cuanto acabó la escuela, decidimos construir otra casa, pues sin duda la nuestra era ya prácticamente inhabitable. Así que nos refugiamos provisionalmente en casa de mi tío. Eliz y yo ayudábamos a los gitanos a hacer los muros, y la gente miraba y decía: «Ved, estos sí que valen, aunque son judíos hacen todo el trabajo como nosotros, gente pobre y honesta. Pero, ¿por qué no son ricos?». Yo saludaba a cada uno por su nombre; me sentía fuerte y contenta con nuestra casa nueva, en la que ya no llovería y en la que el techo tendría todas las tejas, igual que en las casas de los ricos. Todo iría a mejor. La tarea avanzaba con rapidez; traíamos la madera para el tejado y únicamente el suelo era todavía de tierra. Habíamos trabajado durante dos meses, pero los materiales estaban listos y en pocos días estaría ya acabada.

La verdad es que la nueva casa no era grande; había solo una habitación, más la cocina, y en cuanto el techo estuvo listo entramos a vivir. Me sentía orgullosa de ella. Era blanca por fuera, de techo rojo, y tenía la fachada moteada de cemento verde y amarillo,

como las de los ricos. Con un profundo suspiro me paraba para mirarla a menudo, y volvía de la escuela feliz porque, aunque fuese pequeña, la veía más alta que antes, y nueva. Mi vida parecía distinta, y ya no tenía miedo de que el techo se nos cayese, a pesar de que ciertamente el nuevo no era del todo perfecto y, aquí y allá, seguía dejando pasar la lluvia. «Algún día lo arreglaremos», dijo mi madre, dando gracias a Dios también por esto. Mi padre, mirando a su alrededor, blasfemaba y hablaba de la guerra, del odio y de la miseria, que sería aún más grande, y de que nada tenía valor, porque todo acabaría siendo destruido. Decía que todo era inútil, y reía nervioso mirando a mi madre, preguntándole si realmente confiaba en que el Mesías nos salvaría.

La guerra se hacía sentir cada vez más; poco a poco, la vida se fue haciendo más sofocante, y mi padre tuvo que irse como soldado a Checoslovaquia. Era 1942. Luego lo enviaron de vuelta a casa, porque dijeron que un sucio judío no valía para el ejército. Cuando íbamos al río a bañarnos muchos se salían del agua, diciendo que nosotros la ensuciábamos. Los sábados, los chicos corrían detrás de los viejos que volvían de la sinagoga, y les tiraban de la barba o les escupían. Los fascistas eran cada vez más. Lo cierto es que nuestra familia sufría menos que las otras, debido a que no éramos tan practicantes; mi madre tan solo encendía las velas las tardes del viernes, y con el pañuelo blanco en la cabeza y escondiendo el rostro entre las palmas de sus manos, según la costumbre, rezaba entre sollozos. Luego levantaba la cabeza y rezaba a Dios por nuestra salvación.

Cada vez comíamos menos. Todo nos había sido prohibido por ley. Desde que en una ocasión molieron a palos a mi hermano mientras iba a por agua, empezamos a tener miedo de salir por la tarde. También en la escuela se oía decir: «¡Apesta a judío!». Los otros chicos hebreos tampoco jugaban conmigo, diciendo que yo no era lo bastante judía; mi padre bebía, y yo ya no sabía realmente quién era. Me quedaban solo unos pocos amigos cristianos que, de tanto en tanto, me defendían. En aquel tiempo encontré dos veces borracho a mi padre en la cantina; todo el pueblo se rio y chismorreó durante semanas a costa del judío borracho. Él lloraba, y a mí me daba mucha pena. Me sentía entonces más cercana a él que a cualquier otra persona. Esa vez me preguntó si también yo lo detestaba como todos los demás miembros de la familia, pero logré convencerlo de que lo adoraba.

Para subsistir, tomamos en arrendamiento algunas tierras que cultivábamos a cambio de una miseria. Eliz y yo trabajábamos toda la jornada y los dueños nos recompensaban en especie, dándonos un poco de comida. El trabajo me gustaba; la tierra era negra y cálida, y cultivábamos en ella patatas grandes y amarillas.

Presentía que tenía que suceder algo; a cada poco sonaban las alarmas, y los judíos ya no podíamos salir pasadas las cinco. Aunque yo quería ir al circo que había llegado al pueblo, mi madre me lo prohibió. Tenía miedo de todo. Con lo que ganaba en el trabajo ahorré algo de dinero, y finalmente fui a la feria. Había de todo, desde vacas a caballos, desde telas hasta dulces, incluso papagayos que con el pico sacaban de

una caja pequeños papeles donde decían que estaba escrito el destino. La feria duró una semana. Yo iba por la mañana temprano, después de hacer ocho kilómetros a pie. Allí la gente discutía a gritos, y cerraba tratos escupiéndose en la mano y apretando con fuerza la del comprador. Después de recorrer la feria durante horas compré un pan dulce con forma de corazón. Estaba pintado con colores que, sin duda, eran venenosos; de hecho, se advertía que había que lavarlo bien antes de comerlo. También compré un pañuelo claro para mi madre; quería verla más joven. Pasada la semana, la vida volvió a ser como antes, y nos encaminamos decididamente hacia el invierno. Mi hermana Margo se había casado y había tenido un hijo, y mi madre estaba contentísima por el hecho de ser abuela. Pero, al poco tiempo, mi hermano tuvo apendicitis, y el médico, que desde hacía años venía diciendo: «*Heil, Hitler*», se negó a visitarlo. Tuvimos que llamar a unos que curaban con hierbas y que lograron quitarle el dolor. En la escuela aumentaba el odio hacia los judíos, y nuestros compañeros se divertían haciéndonos todo tipo de desprecios. La maestra, dolida, me consolaba limpiándome la cara sucia, mientras intentaba explicarme que no todos los hombres eran así.

Al volver de la escuela caminaba despacio, alargando el trayecto para pensar en lo que me estaba pasando y en lo que ocurría a mi alrededor. Miraba la tierra que amaba, las casas y los árboles que me eran tan queridos; miraba las caras de la gente que caminaba por la calle, y hubiera querido decirles: «¿También tú? ¿Todos me odiáis?». Pero la tierra, las casas y los árboles se alejaban de mí. Muchas de las personas entre

las que había crecido ya no me saludaban, o fingían no verme. Me sentía sola. Un día caminé durante un buen trecho por las calles, buscando a alguien a quien poder saludar y con quien reír y bromear un rato. Solo unas pocas personas de las que encontré me preguntaron por mis padres igual que hacían antes. Era ya tarde cuando llegué a casa. Mi madre, desesperada, me había buscado por todo el pueblo, pero no le quise contar nada de lo que me había pasado. Me dormí llena de dolor. A la mañana siguiente me preguntó dónde había estado, y le hablé de mi angustia. Me hizo muchas preguntas. Eliz, afectuosa, bromeó diciendo que yo era una lunática, y que tal vez había hecho enfadar a la gente, molestándola con preguntas inoportunas. En ese momento la odié. Salí dando un portazo y me fui a la escuela. No quería pensar en nada e intentaba fingir que estaba alegre, pero la angustia pesaba dentro de mí y, por primera vez, tuve claro que la gente puede ser también cruel y mala, y que quien era tu amigo ayer puede ser hoy tu enemigo. Me sentí tan incómoda que deseé la muerte. Sin embargo, aquel día todos fueron amables en la escuela y me sonrieron como antes, y fui feliz.

Hubiera deseado entonces pedir perdón a los que había considerado malvados; hubiera querido gritar: «Os quiero a todos». Jugamos juntos, pero al final la atmósfera acabó por parecerme sofocante, e intenté asegurarme de que todo era de verdad como antes, preguntándome si no sería superficial esa gentileza que los otros niños tenían con nosotros y pensando que, en realidad, estábamos muriéndonos poco a poco. Hubiera preferido no pensar, pero no podía dejar de hacerlo.

Para distraernos, Laci y yo nos escapamos de casa esa misma tarde y nos fuimos al circo. Quería ver qué podía pasar, y de qué tenían miedo nuestros padres. Los tigres y los osos hacían acrobacias y yo pensaba solo en la vida, era de nuevo feliz. Al volver, encontré a mis padres discutiendo por un asunto de celos, y fui realmente consciente de cuánto amaba mi madre a mi padre. Laci y yo imitábamos a los osos y, mientras hacía una acrobacia, me rompí un brazo. Los curanderos del pueblo lograron ponérmelo en su sitio y, con la excusa de que me dolía, me pasé todo el día jugando. Tenía casi doce años; me había desarrollado bastante, llevaba trenzas con lazos de diversos colores y me sentía una mujer llena de proyectos. Pensaba en los chicos, que también se habían vuelto hombres, y en que tal vez, algún día, me casaría con uno de ellos.